

Revertir el deterioro fundando la esperanza

Una de las sensaciones más desconcertantes para quienes vivimos en Venezuela es la de percibir un deterioro constante de todas las dimensiones de la vida cotidiana. El deterioro se extiende por todas partes a un ritmo creciente y hace más difícil poner las condiciones para un futuro mejor para todos. Sobre todo porque convierte la pesada incertidumbre frente al porvenir en desesperanza en el presente. Perder la esperanza es «lo último», afirma el dicho popular. Entre los desafíos urgentes del proceso que vivimos está revertir el deterioro para recuperar el ánimo de crear el futuro, volviendo a fundar nuestra esperanza.

El deterioro como cotidianidad

Hasta en lo más trivial se percibe el deterioro. El ambiente en nuestros pueblos y ciudades era amable, la gente sonreía, saludaba cortésmente al entrar o salir de cualquier sitio, daba información a quien la requería y hasta se conseguía quien lo acompañara a uno a encontrar una dirección en un sitio desconocido. Pasar de largo al ver a alguien accidentado era impensable, todo el mundo se acercaba a curiosear y echar una mano. Respetar a los ancianos, a las mujeres embarazadas y a los niños era lo normal. Los piropos, una forma alegre de abordar a las muchachas. La palabra empeñada se consideraba sagrada en lo pequeño y en lo grande. Prestar dinero o alguna herramienta a quien lo necesitara sin sacarle provecho, sucedía con frecuencia. La hospitalidad surgía espontánea. Recoger un niño que perdió sus padres parecía una acción humana normal... Respetar los semáforos, los horarios de trabajo, especialmente en los establecimientos y oficinas de atención al público, cumplir con los plazos para entregar los trabajos y cancelar las deudas...

El deterioro se nota también en la planta física del país. Crece la impresión de vivir en ciudades sucias, la falta de mantenimiento que se nota en los edificios, instalaciones, instrumentos de trabajo, vehículos públicos y privados. El deterioro de los servicios, todos lo sufrimos, como el deterioro de los salarios, de la productividad, de la participación política, la sensibilidad social, la seguridad pública...

Es así como un cáncer que nos va minando por dentro; al principio no se nota, ni siquiera duele; poco a poco hace sentir sus efectos. El deterioro de nuestra calidad de vida nos lleva al desarraigo, a no sentirnos parte entrañable de esta tierra, esta ciudad, esta gente, este pueblo... Da igual aquí que allá; en fin de cuentas nada me ata mis sentimientos a la gente con la que me encuentro en la calle, convivo en el trabajo, comparto la casa y la vida familiar. Se deteriora la humanidad.

Las raíces del problema: el que venga atrás que arree

El sorpresivo y frustrante empobrecimiento colectivo que hemos sufrido en estos años está a la base del deterioro que percibimos. La «ilusión» de país minero, por tanto muy rico, lanzado en un acelerado e incesante proceso de crecimiento en la que todos hemos vivido durante décadas se desvaneció para dar paso a una realidad que creíamos era sólo de los otros pueblos: la «riqueza» de una nación se crea con trabajo, productividad y distribución justa de sus beneficios.

Este proceso de deterioro ha dejado al descubierto la raíz de la que se alimenta: el profundo individualismo que se ha adueñado de la conciencia personal de los venezolanos. Todos sabemos que la situación que vivimos es colectiva, social...; sin embargo, la respuesta más generalizada parece ser la búsqueda de soluciones individuales. Cada quien parece proponerse como único objetivo solucionar «sus» problemas y, a lo más, los de «los suyos»... y «el

que venga atrás que arree».

De esa raíz surge la creciente agresividad de unos con otros que ha cambiado la faz de la antigua convivencia amable. El ejercicio de la violencia en las formas más sutiles y descaradas que se va extendiendo en los diferentes espacios de la vida social venezolana, también encuentra su alimento en esa raíz.

La ilusión individualista que aconseja a cada quien ocuparse exclusivamente de sus propios asuntos porque son los que puede resolver con su propio esfuerzo, ha sustituido a la «ilusión minera», por la que todos nos sabíamos tarde o temprano «ricos», es decir, podríamos solucionar nuestros problemas con el chorro que salía de esa fuente.

Muerte y resurrección

La experiencia del deterioro es una experiencia de muerte. Y así la estamos sintiendo. Parece como si nos hubiera tocado acompañar la muerte de las ilusiones. La muerte, la ausencia de horizonte futuro cuando se experimenta sin sentido y sin esperanza. La desesperación y la pérdida del sentido de la vida, personal y social, pueden llevar al deseo de acelerar la muerte, al suicidio colectivo. El crecimiento de la violencia social, que atemoriza y mata, de la anomia, que lleva a no considerarse obligado a ningún comportamiento como norma de convivencia humana, y la anarquía, que nos conduce a la ingobernabilidad de la sociedad, son los hitos de ese camino.

Esta situación también se puede vivir de otra manera: como ocasión de recuperar la vida. Para acceder a nuevos horizontes vitales muchas veces es necesario morir a lo que nos parece sustancial del presente. Los venezolanos tenemos que morir a la «ilusión minera» que nos ha hecho sentirnos «ricos» sin serlo y sin esfuerzo productivo. Que nos ha llevado a culpar al Estado o a la corrupción de lo que estamos viviendo, cuando sabemos que el Estado no es un ente abstracto separado de nosotros ni de nuestra historia colectiva, ni la corrupción apareció en escena recientemente. Es un tipo de muerte que da paso a la nueva vida que nos hace falta, a la que esperamos y nos ponemos a hacer. De esa manera es posible revertir el deterioro.

Vivimos con esperanza cuando sabemos que el futuro no es una simple proyección de lo experimentado en el presente. Cuando no se construye sobre «ilusiones» ni «desencantos». Cuando se puede trascender lo que se ve para pensarlo y hacerlo sobre bases alternativas. La esperanza supone el reconocimiento del otro, de los otros, de lo social como una dimensión constitutiva de la vida humana. Por la esperanza somos capaces de adquirir conciencia colectiva, conciencia de pueblo y de nación. A partir de allí podremos reconocer los problemas colectivos como tales y buscarles soluciones colectivas, constituirnos como sujeto social de un proyecto común en el que el aporte personal de cada uno forma parte de la solución conjunta de los problemas y de la construcción de la casa de todos.

Desde la esperanza se puede vivir la muerte como paso a la nueva vida. Pascua de Resurrección es la fiesta que los cristianos celebramos en estos días como culminación de la Semana Santa. La vida entregada es como la muerte de la semilla que da paso a nuevas plantas y sus frutos. Si la difícil situación que cada uno de nosotros atraviesa la vive como proceso colectivo y lanza puentes para establecer relaciones con los «hermanos», quienes sufren la misma situación, en busca del camino común, lo que parecía la muerte definitiva puede transformarse en la vida entregada que produce frutos.

La muerte de las «ilusiones» puede ser para nosotros los venezolanos la resurrección de la solidaridad básica que nos hace falta como colectividad humana para hacer lo que esperamos como vida para la actual y las futuras generaciones en esta «tierra de gracia».